

◆ PREGUNTA:

«¿QUÉ DIJERON LOS PROFETAS ACERCA DE LA IGLESIA?»

HUGO McCORD

◆ RESPUESTA:

Que se sepa, ningún profeta veterotestamentario mencionó alguna vez la palabra «iglesia».¹ Tampoco la mencionó Juan el Bautista; sin embargo, tanto Juan como los profetas hablaron de la iglesia. Gran parte de las profecías veterotestamentarias y del trabajo de Juan, tenían como fin la iglesia neotestamentaria. Para los que están dispuestos a recibirlo, la iglesia neotestamentaria abarca «los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguos» (Hechos 3.21).

La «restauración» que menciona Pedro en Hechos 3 no se refiere al retorno de los judíos a su propia tierra después de la cautividad en Babilonia, pues esta es una restauración que se fijó para setenta años después que la cautividad comenzó (Jeremías 25.11), y así llegó a ocurrir (vea Esdras 1; 2) desde el 606 hasta el 536 a. C.

Tampoco estaba diciendo Pedro que la iglesia abarca el tiempo anterior al comienzo de esa restauración, porque cuando la iglesia (el reino de Cristo) sea entregada nuevamente al Padre (1^{era} Corintios 15.24), no habrá restauración de nada. Más bien, los cielos y la tierra pasarán ardiendo (2^a Pedro 3.10–11; Apocalipsis 21.1); la Escritura no dice que serán restaurados, sino que todas las cosas serán hechas «nuevas» (Apocalipsis 21.5).

No es ninguna de las anteriores; el tiempo que la iglesia abarca es la totalidad de los tiempos de la restauración, que comienzan en el 30 d. C. y se extienden hasta el fin del mundo. Esta restauración ha estado llevándose a cabo desde el momento en que la iglesia se estableció, y está llevándose a cabo ahora, y seguirá llevándose a cabo hasta que Jesús venga. El trabajo de Juan era de restauración. En el espíritu de Elías, él restauró todas las cosas, «[haciendo] volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los

justos» (Mateo 17.11–13; Lucas 1.17). Del mismo modo, la obra de Jesús por medio de Su iglesia es una obra de restauración, haciendo volver a los hombres de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios (Hechos 26.18). Los «tiempos de la restauración» que menciona Pedro en Hechos 3.21 se refieren a una restauración espiritual, no a una restauración física. Es una restauración que se efectúa por la predicación del evangelio (Romanos 1.16), y da como resultado una colectividad de llamados afuera conocida como «la iglesia». El cielo retendrá a Jesús hasta que se acaben «los tiempos de la restauración». Verdaderamente, «todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días» (Hechos 3.24). La frase «estos días», como Pedro predicó en el 30 d. C., ciertamente no se refería al período después que Cristo regrese por segunda vez; pues en tal período, los días dejarán de ser.

Las felices nuevas que dio Pedro en el 30 d. C., fueron que todos los cristianos son «los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo» con los padres. La promesa que Dios hizo a Abraham fue que en su simiente serían benditas todas las familias de la tierra (Hechos 3.25). Una experiencia que aumenta la fortaleza en la infalible Palabra y que construye fe inquebrantable, consiste en repasar las expresiones proféticas en las cuales Pedro basó sus prédicas.

PROFECÍAS DEL GÉNESIS

El protoevangelio

El protoevangelio, el primer anuncio del evangelio, fue expresado en el huerto del Edén. Dios dijo en Génesis 3.15 que la simiente de la mujer—Cristo (Mateo 12.29) y los cristianos (Romanos 16.20)— obtendrían la victoria sobre la simiente de la serpiente, esto es, Satanás (Hebreos 2.14;

1^{era} Juan 3.8). La esperanza que se expresa en Génesis 3.15 ha dado consuelo a muchos a lo largo de los siglos.

Promesas hechas a Abraham

Entre los descendientes espirituales de la mujer (por medio de Set, no de Caín), Dios consideró apropiado llevar a cabo Su propósito eterno en Abraham (Génesis 12.1–3). No se sabe con certeza cómo llegó Abraham a convertirse en un creyente en el verdadero Dios. Taré, su padre, era idólatra (Josué 24.2). Sem, uno de sus abuelos, no obstante, era adorador de Dios (Génesis 9.26). Sem estuvo vivo durante los primeros 150 años de la vida de Abraham, de modo que pudo haber engendrado personalmente la fe en el corazón de este. En todo caso, la devoción de Abraham por Dios era tan firme que Dios lo hizo la fuente de promesas cuya consumación se producirá nada menos que en el cielo mismo (Mateo 8.11). Por la simiente de Abraham (Génesis 22.18)—que había de ser Cristo, unos dieciocho siglos después (Gálatas 3.16)—todas las familias de la tierra habían de ser bendecidas (Génesis 12.3). Por lo tanto, hoy día, tanto los judíos como los gentiles que estén en Cristo, son en un sentido espiritual la simiente de Abraham y herederos según la promesa (Gálatas 3.29).

La promesa hecha a Judá

En armonía con los planes del cielo, se profetizó que Judá, uno de los bisnietos de Abraham, llegaría a ser un antepasado de Cristo. En esta profecía, a Cristo se le describió como Siloh («portador de paz») y como Rey (uno que tiene cetro y hace leyes): «No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos» (Génesis 49.10). «Los pueblos» que se congregarían a Siloh, no pueden ser otros que los llamados afuera, de Jesús (Mateo 16.18–19).

PROFECÍAS DE LOS «PROFETAS DESDE SAMUEL EN ADELANTE»

Profecía recogida por Samuel

Pedro, en Hechos 3.24, se refirió concretamente a Samuel como uno de los profetas que anunció «estos días» de la iglesia neotestamentaria. A la iglesia se le observó en 2^o Samuel 7.16 en la ilustración de una casa y de un reino. La venida de esta casa era segura, y su duración había de ser eterna. A la luz de este antecedente profético, no causa sorpresa alguna que el Nuevo Testamento

use ambas figuras, la de una casa y la de un reino, para describir a la iglesia (1^{era} Timoteo 3.15; Mateo 16.19).

Profecía de David

Samuel ungió a David como el iniciador de la línea real de Israel. Dios hizo a David profeta (Hechos 2.30) para anunciar un aspecto muy importante del pueblo de los llamados afuera que menciona el Nuevo Testamento: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad» (Salmos 110.3). Las naciones que no se arrepientan sentirán en el día del juicio la vara de hierro del Mesías (Salmos 2.9; Apocalipsis 19.15). Su propio pueblo, la colectividad de los llamados afuera, le servirán voluntariamente en la hermosura del vivir santo.

Profecía de Isaías

Más vívidamente que cualquier otro profeta que le precedió, Isaías pudo ver la iglesia del Señor ocho siglos antes que esta fuera una realidad. Se le encargó que se refiriera a la institución neotestamentaria como «el monte de la casa de Jehová» (Isaías 2.2), al cual correrían pueblos de todas las naciones. Nuevamente, vemos cuán apropiado fue que los autores neotestamentarios describieron la iglesia en términos proféticos: como un monte y como una casa. Hebreos 12.22 dice: «os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial». (Vea también Hebreos 3.6.)

A Isaías se le autorizó profetizar que el lugar en el cual daría inicio la iglesia, sería Jerusalén (Isaías 2.3). En armonía exacta con esta profecía, Jesús dejó instrucciones a Sus apóstoles en el sentido de que esperaran en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder para comenzar a predicar en Su nombre (Lucas 24.46–49). Asimismo, en armonía con la profecía, fueron pueblos de todas las naciones bajo el cielo (Hechos 2.5) los que oyeron a los apóstoles proclamar el mensaje que produce miembros de la iglesia: las buenas nuevas del señorío de Cristo (Hechos 2.36). El resultado fue que tres mil fueron bautizados en un cuerpo, que es la iglesia (Hechos 2.41; vea 1^{era} Corintios 12.13; Colosenses 1.18). Fue sobre estos miembros de la iglesia que se derramaron «las misericordias firmes a David» (Isaías 55.3). Grandes bendiciones les pertenecían a ellos, bendiciones que también les pertenecen a todos los cristianos de hoy día. Desde tiempos antiguos, los hombres no habían oído, ni visto y ni siquiera imaginado, tales bendiciones (Isaías 64.4; vea 1^{era} Corintios 2.9), pero estas han

llegado a ser ahora una realidad para todos los cristianos.

Profecía de Jeremías

Usando una figura diferente, Jeremías también anunció «estos días» de la iglesia neotestamentaria. El Espíritu Santo le dio una analogía inspirada: el Israel y el Judá físicos renovaron un pacto dado por el Señor cuando salieron de Egipto. Este pacto fue escrito externamente en piedra y en papiro, pero el Israel y el Judá espirituales recibirían un *nuevo* pacto que se escribiría internamente en los corazones y las mentes (Jeremías 31.31–34; vea Hebreos 8.6–13). En cumplimiento perfecto, la iglesia de Dios fue el resultado de la escritura del Espíritu Santo por los apóstoles, en las tablas de carne del corazón. En 2ª Corintios 3.3 Pablo les dijo a los cristianos: «... sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón».

Profecía de Daniel

Un cautivo llamado Daniel fue usado por Dios como profeta para extender su mirada a lo largo de seis siglos hasta el tiempo del establecimiento de la iglesia. Daniel habló del ascenso y caída de grandes reinos, centrándose en el tiempo de los reyes romanos. Se le dio poder para profetizar que, durante el ascenso de estos reyes, el Dios de los cielos establecería un reino, no hecho por mano mortal, sino que sería un reino de naturaleza eterna (Daniel 2.44; Hebreos 12.28). Los ciudadanos de ese reino componen la iglesia neotestamentaria (Colosenses 1.1–2, 13).

Profecía de Juan

Justo antes del establecimiento de la iglesia, en el 30 d. C., Dios levantó a un profeta llamado Juan. Su misión consistió en preparar un pueblo al Señor (Lucas 1.17) por medio de llamarlos al arrepentimiento y a la fe en un Mesías venidero, y a una inmersión en agua para quitar los pecados de ellos (Mateo 3.2; Marcos 1.4). Uno podría decir que en los días de Juan, la iglesia existía (en el sentido de que se estaba preparando), y que la gente se esforzaba por entrar en ella (Lucas 16.16). No obstante, en realidad, la iglesia no existía en los tiempos de Juan; a él mismo no se le dio el privilegio de ser miembro de ella (Mateo 11.11). Del mismo modo que David preparó piedras labradas, que Salomón utilizaría más adelante en la construcción del templo, Juan preparó piedras espirituales, que Cristo puso en Su templo, la iglesia.²

El cumplimiento del tiempo

La ley y los profetas estuvieron en vigor hasta Juan (Mateo 11.13), y después de este vino la culminación, el cumplimiento de eras de planificación —concretamente, ¡la fundación del reino de Dios, Su casa, Su monte, Su pueblo, Su iglesia! ¡Es apropiado maravillarnos por el Antiguo Testamento al ver que en este cada profeta, comenzando con Samuel, y continuando hasta Malaquías, presenta una visión especializada de la venida de la iglesia! ¡Al «cumplimiento del tiempo» (Gálatas 4.4), de conformidad con Su propósito eterno (Efesios 3.11), la profundidad de las riquezas de la inescrutable sabiduría de Dios fue dada a conocer a los seres humanos!

CONCLUSIÓN

¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue Su consejero? (Vea Romanos 11.34.) ¡De Él, y por Él, y para Él, somos todos nosotros, por Jesucristo el Señor y Salvador!

¹ La palabra inglesa «church» (N. del T.: esto es, «iglesia» en español, no tiene otra traducción) se deriva del inglés medio *chirche*, que a la vez procede del inglés antiguo *cyrice*, que proviene del alemán *Kirche*, que procede de una palabra griega, *cyriakon*, que significa «en relación con». La palabra *cyriakon* aparece solo dos veces en el Nuevo Testamento: la primera, en relación con la Cena del Señor (1ª Corintios 11.20), y la segunda, en relación con el Día del Señor (Apocalipsis 1.10). Más adelante, la palabra llegó a ser usada para referirse a lo que tiene que ver con la casa del Señor, y así la palabra inglesa «church» significa «la casa del Señor».

La palabra que Jesús usó para describir a Su pueblo, el pueblo anunciado por los profetas y por Juan, es *ekklisia*, que significa «los llamados afuera». Todos los pueblos de la tierra, por lo tanto, que responden al llamado de Jesús a salir de las inmundicias y a someterse a Su señorío en todas las cosas, constituyen Su *ekklisia*, Sus llamados afuera, Su iglesia.

² No hay ningún versículo que muestre que alguien bautizado por Juan alguna vez necesitara rebautismo. Tal requisito significaría que Juan no hizo correctamente el trabajo que se le encargó: preparar un pueblo al Señor (Lucas 1.17). Además, si esto hubiera sido necesario, Pedro seguramente habría tomado la iniciativa el día de Pentecostés bautizándose una segunda vez.

Es cierto que veinticuatro años después, en Éfeso, alguien (tal vez Apolos) todavía predicaba el mensaje anticipatorio de Juan, acerca de un Mesías venidero a ser crucificado, y él bautizó por lo menos doce hombres (Hechos 19.1–4). Estas personas fueron bautizadas en ignorancia en el 54 d. C., no sabiendo que el Mesías ya había venido y había muerto por ellos en el 30 d. C. En consecuencia, cuando ellos se enteraron de la verdad, fue imperativo que se rebautizaran. No hallamos indicio alguno de que alguien bautizado antes del 30 d. C. fuera alguna vez rebautizado.